

SED

En el instituto, antes de que todo comenzase, tuve un amigo que se maquillaba de blanco, utilizaba colmillos falsos y lentillas de color rojo. Menudo imbécil. Se creía vampiro. Supongo que eso es lo que yo soy, aunque no tiene nada de especial. No hay romanticismo en mi historia. La inmortalidad no existe, y tampoco el Diablo. Mucho menos Dios. Todo eso son leyendas, gilipolleces.

Ya que has despertado te voy a contar cómo llegué a esto. A veces necesito desahogarme, echarlo fuera. De lo contrario me volvería loco.

Por aquel entonces tendría unos veinticinco. Tomaba de todo. Jaco, farlopa, pirulas, tripis, cualquier porquería que me ofrecieran en el parking de una discoteca. Te preguntarás por qué alguien tan joven se metía todo aquello. No me pegaron cuando era pequeño, ni habían abusado de mí. Pertenezco a una familia burguesa sin divorcios ni maltratos, fui buen estudiante hasta terminar el bachillerato. Qué sé yo. Esas cosas pasan.

Normalmente preferimos no mezclarnos con la gente, por eso seguimos siendo pocos. Sin embargo no estamos desligados de la sociedad; es sólo que no podemos arriesgarnos a mostrar nuestra sed. Somos los asesinos en serie, los homicidas chiflados, los hijos de puta más crueles que te puedas imaginar. Tenemos suerte de vivir en grandes ciudades, donde los crímenes son el pan de cada día, donde nadie hace nada por nadie. Ese es nuestro salvoconducto, nuestra promesa de supervivencia. El maldito egoísmo, la necesidad.

Iré al grano, mi historia. Recuerdo esa noche como si fuese ayer. Hacía un frío de cojones, y a las seis de la mañana sabía que no iba a follar. Había decidido volver a casa antes de que los daños fuesen mayores, lo había decidido a regañadientes.

Subí en mi coche. En realidad no tenía ganas de volver. Me quedé allí sentado con el motor encendido y el radiocasete escuchando hardcore. No pensaba, eso era algo que había aprendido a hacer sin demasiado esfuerzo. Pero como siempre, tenía la sensación de que había pasado otra noche estéril en la que no había hecho nada.

Metí primera. Sentí cómo alguien me agarraba por el cuello. El pié se me fue del embrague y el coche se caló dando una sacudida. Traté de mirar hacia atrás. Creí que me iban a dar el palo, en serio. El tipo que se había colado en mi Renault Clio tenía los ojos enrojecidos y llorosos. “Mierda, un puto yonki”, pensé. No me equivocaba del todo. Mientras me tenía fuertemente cogido por el cuello, no sé cómo, me corto el brazo con algo afilado. Una de sus manos me asfixiaba y la otra me apretaba la muñeca. De pronto se llevó mi brazo a la boca y comenzó a succionar la herida sin

aflojar la presión en mi cuello. Tal vez por la falta de oxígeno, por el pánico incluso, se me puso tiesa. Había un tipo chupándome la sangre, y yo empalmado, menuda locura.

Traté de resistirme. No pretendía morir aquella noche. También yo iba colocado. De hecho había perdido la cuenta de las rayas de speed que viajaban a sus anchas por mi organismo. Me sentía lleno de energía contenida. Le arranqué mi brazo de la boca y me liberé de su presa.

En algunas películas de terror el pánico impide a los protagonistas abrir cerraduras, marcar números de teléfono y cosas por el estilo. No fue así en mi caso. Salí del coche y eche a correr por la desierta calle salpicándome en los charcos. Pero un yonki sediento es un yonki sediento, y el muy cabrón corría que no veas.

Conseguí verle con claridad cuando me dio alcance empujándome y haciéndome caer junto a un portal. Era calvo con el pelo blanco y algo de sobrepeso, de unos cincuenta, imaginé. Reía el muy hijo de puta. ¿Cómo podía haberme alcanzado? Supongo que no estaba muy en forma en aquella época.

“Qué cabrón de crío” decía jadeando.

“Estás chiflado, tío. Toma lo que llevo” acerté a pronunciar mientras le ofrecía la mierda que aún no había consumido y algo de maría.

El tipo rió. Yo no entendía nada. Sólo pensaba en que probablemente iba a matarme.

“Así que te gustan las sensaciones fuertes ¿eh?”

Entonces sacó del bolsillo de su gabardina un pequeño frasco de cristal color rojo. Me observó fijamente durante unos segundos antes de continuar hablando.

“A juzgar por tu aspecto y todo eso que te metes deduzco que no sientes un gran respeto por tí mismo. Posiblemente tampoco por los demás. Chico, voy a poner en tu mano la tentación, eres perfecto para esto”

Y me lanzó el frasco, sin más.

“Puedes beberlo y experimentar sus efectos, o puedes arrojarlo por ahí y olvidarlo. Tú decides”

“¿Qué coño es?”

“La droga más sublime, y la más terrible también”

Estaba ahí, frente a mí, esperando. Sin duda se había vuelto loco si pensaba que iba a beber aquello. Podía ser cualquier cosa, incluso su propio meado. Ni hablar.

Aún aguardó unos segundos. Yo sostenía el dichoso líquido con cara de repugnancia. Estaba aterrado.

“He de irme” dijo de pronto. “Tengo sed. Recuerda, tú decides”

Se dio la vuelta y se largó con pasos raudos, amparándose en la oscuridad.

Desde aquella noche, cuando leo esas historias de vampiros amanerados, avocados a un destino que no han escogido, me dan ganas de reír a carcajadas. En el fondo uno siempre decide entre condenarse o no hacerlo. Al menos, yo lo hice. Aunque parezca una locura, decidí beber.

Entiéndeme, ya me consideraba un perdedor, así que no me parecía que tuviese demasiado que perder. Malvivía con un salario irrisorio, me jodía la espalda todo el día en un trabajo de mierda, era incapaz de conseguir que una chica se quedase. Lo sé, todos vamos en el mismo barco. Hay gente que puede con eso sin perder la sonrisa, pero yo no soy uno de ellos.

De modo que abrí el frasco, apreté los párpados y bebí el contenido de un trago. Por algún motivo supe que era sangre, aunque el sabor resultaba algo amargo. Pensarás que fui un gilipollas por beber, no lo voy a negar. Es así.

En aquel instante vinieron a mi mente cantidad de imágenes extraídas de las largas horas pasadas frente a la tele: enfermos terminales, leprosos, seres deformes, larvas de gusano, moho, animales carroñeros, peces muertos, heridas purulentas, gatos atropellados en la carretera, guantes de látex manchados, dientes podridos...

Vomitó. Sin saberlo ya me había infectado.

No sentí nada especial. Ninguna clase de éxtasis. Eso vendría más tarde. Me limpié las babas con la manga de la cazadora y regresé a mi coche, que continuaba estacionado con la puerta abierta y la música retumbando en el interior. Deseaba llegar a casa y olvidar lo sucedido.

Dormí profundamente durante todo el día. Sin sueños. Nuestra enfermedad no nos permite soñar, por algún extraño motivo. Tampoco nos permite correr. ¿A que no te parece precisamente fascinante lo de ser vampiro? Por supuesto que no. En realidad es una jodienda.

Cuando desperté ya había anochecido. Por cierto, todo ese rollo de que la luz del sol acaba con nosotros es una gran patraña. De acuerdo, nos molesta una barbaridad, pero con unas buenas gafas y un sombrero podemos andar por ahí de día, aunque no sea lo más agradable. Además, algunos no tenemos la suerte de contar con un capital ilimitado, así que tenemos que seguir currando. De todas formas yo no tardé mucho tiempo en dar con un trabajo nocturno, en una fundición. Lo más duro que puedas imaginar. No te lo recomiendo, créeme.

¿Por dónde iba? Ah, sí. Mi primera noche.

Al principio creí que se trataba de la típica resaca. Recuerdo que bebí casi un litro de agua sin apenas respirar, y aun así no sentí alivio alguno. Aquella sed era de otra clase. He oído decir que la adicción provoca una especie de pérdida de densidad en la sangre, y eso es lo que nos empuja a beber. Ni siquiera sé si es cierto. Qué importa qué lo causa. El hecho es que tenemos que beber para

calmar el ansia. Entonces aún no lo sabía, y te juro que me volví loco tratando de comprender qué me estaba sucediendo.

Me metí toda mi reserva de cocaína, un par de vasos de vodka y unos cuantos analgésicos. Nada funcionaba. Era peor que el peor mono que hayas sufrido o seas capaz de imaginar. La sensación de ahogo, el dolor, el pánico, la certeza de la muerte inminente. Y la sed, una jodida pesadilla. La primera vez es la peor, sin duda. Luego es más fácil de soportar porque sabes exactamente cómo hacer que pare.

Me retorcí en la cama durante al menos dos horas antes de lograr ponerme unos vaqueros y salir a la calle descalzo y bañado en sudor. Corrí sin rumbo a lo largo de cuatro o cinco manzanas. Ni siquiera el agotamiento me hacía pensar en otra cosa que no fuese la sed.

Al fin me detuve, al borde del desmayo. Caí arrodillado sobre la acera y sin poder contenerme rompí a llorar como un maldito histérico, agarrándome de los pelos y pidiendo ayuda entre sollozos.

Todavía debe de quedar gente buena en el mundo. ¿Por qué si no se habría parado junto a mí aquel tipo? Pobre desgraciado. Quizás se trataba de la excepción que confirma la regla.

El caso es que me puso una mano en el hombro y me preguntó si me encontraba bien. Alcé la cabeza para mirarle. Más de cuarenta, no muy alto, flacucho, poca cosa. Instantáneamente pensé en que podría derribarle. Como una iluminación me asaltó la idea de que tenía lo que yo ansiaba. Me lancé sobre él ante su asombro y le hice caer. Ya no pensaba. El puro instinto era lo que tensaba mis brazos sujetando los suyos. Entonces le mordí.

No es tan sencillo morder un pescuezo. Tal vez por eso algunos se hacen afilar los colmillos. Sinceramente, yo prefiero valerme de una pequeña navaja. Pero en aquel momento no tenía otra cosa que mis dientes y unas ganas terribles de beber.

Reconozco que fue una chapuza. El tipo gritaba y se debatía debajo de mí y yo apenas le había herido lo suficiente para conseguir un par de sorbos. Pero aquella sangre era como el puto néctar de los dioses. Mejor que cualquier droga que hubiese probado en mi vida. Mejor que el mejor polvo. Tenía que seguir bebiendo, pero él se resistía poniéndomelo francamente difícil. De modo que tuve que noquearle de un cabezazo.

Cualquiera podría haberme visto. Fui un animal. Pero, ¿Cómo iba a tener cuidado si ni siquiera comprendía lo que estaba pasando? Lo que tampoco sabía aún es que no hay nada que comprender. Las cosas son como son. Mejor no darle vueltas.

¿Sabes? No hace falta vaciar a alguien para calmar la sed. Con un cuarto de litro es más que suficiente para una noche. Yo nunca he matado a nadie, aunque sé que algunos lo hacen, quizás

para evitar que después la víctima les identifique, o para satisfacer un instinto asesino que nada tiene que ver con la adicción. Hay cabrones entre nosotros, y no son pocos, te lo aseguro.

A muchos les atrapan. ¿Recuerdas aquel taxista que mató el año pasado a dos chicas de diecisiete que venían de una fiesta de nochevieja? Ese capullo que se pegó un tiro cuando fueron a por él. También estaba infectado, pero nadie lo mencionó. No estoy seguro de que algo así se pueda averiguar en una autopsia. Tal vez les pasó por alto o quizás a alguien no le conviene que se conozca nuestra condición. Te preguntarás cómo lo sé. No creas que nos reconocemos unos a otros por medio de una especie de sexto sentido. Nada de eso. Simplemente vi su foto en la tele. Era la jeta del hijo de perra que me dio el puto frasco. Había tragado su repugnante sangre de psicópata. Si lo pienso, hasta tiene gracia.

Bebí del pobre tipo y le dejé tirado en el suelo, inconsciente. Me sentía flotar. Me sentía poderoso, tranquilo, bello. Piensa en un polvo salvaje con la mujer de tus sueños. Ahora multiplícalo por cien. Eres el puto amo. Eres Rocky agitando los brazos en lo alto de la escalera, con la ciudad a tus pies. Lo que sucede es que nada, sobre todo si es placentero, permanece para siempre. Esa especie de cuelgue orgásmico tan sólo dura unos minutos. Después te das cuenta de que estás caminando descalzo y te has clavado el cristal roto de un botellín de cerveza en la planta del pie. Regresas a casa para tratar de convencerte a ti mismo de que no ha sido un sueño, y la mierda que te rodea sigue ahí esperándote: La teletienda, los platos sin fregar, el teléfono mudo que acumula polvo en un rincón, las putas fotos de un crío, con su estúpida sonrisa, que aún no sabía que la vida es una maldita espiral, la bronca de los vecinos. Y te dan ganas de romper algo, pero no lo haces, porque aún no estás lo suficientemente chiflado para olvidar que luego tendrías que arreglarlo. Después de todo, es tu apartamento. Es tu vida, aunque se trate de una vida de mierda.

Fue así como sustituí todas las drogas por una sola. “La más sublime y la más terrible también”. Pensarás que no merece la pena hacer daño a los demás por unos minutos de delirio. ¿Sabes? No he oído hablar de nadie que haya logrado desengancharse, y se oye casi de todo. Por eso yo no lo intento. Serías incapaz de hacerte una idea de la intensidad de esta sed. Supongo que la única forma de escapar es el suicidio, y por el momento esa no es una opción. Además, tampoco es para tanto. Todo el mundo se jode entre sí aunque no sean adictos, por simple ambición o por motivos aún más insignificantes. Y si te sirve de consuelo, yo procuro hacer las cosas con suavidad. No pretendo asustar, ni jugar con la gente; tan sólo tomo lo que necesito. Amigo, es la ley de la selva.

Con el tiempo se llega a perfeccionar el proceso. ¿Conoces lo que llaman “la droga de la violación”? La he utilizado en ocasiones para no tener que luchar. Resulta que estoy cansado de

luchar. Si quien me da de beber está dormido es más fácil y no hay miedo, ni repulsión. Un corte en una zona que pase desapercibida y nadie sufre. Sin embargo, prefiero hacerlo cuando me miran a los ojos. De algún modo el éxtasis es más intenso, ignoro el por qué. A veces trato de portarme bien, de pedir con educación, como me quiso enseñar mi madre cuando era un niño. Pero no siempre me entienden, y si tengo que ponerme violento, lo hago sin dudar. No creas que siento remordimientos. ¿Qué se gana con eso? Ya tengo bastantes cosas en la cabeza.

En fin, supongo que no hay mucho más que explicar, aunque podría continuar hablando toda la jodida noche, si no fuese porque la sed comienza a apoderarse de mí. Aún no es insoportable, y he aprendido a disfrutar también de estos momentos previos, de esta especie de masoquismo.

No obstante, si siguiese hablando tendría que entrar en pequeñeces cotidianas. ¿A quién le importan mis problemas para pagar las facturas, mis hemorroides o la última mujer que se rió de mí?

Así que voy a soltarte las muñecas ahora, y a quitarte la mordaza.

No tengas miedo. Tan sólo quiero un poco de tu sangre. No te haré daño. Te lo debo, después de todo, por haber escuchado mi historia.